

BOOKER T. WASHINGTON

NEGRO, MAESTRO DE ESCUELA, LA SEGUNDA PERSONALIDAD
DE LOS ESTADOS UNIDOS

(Dedicado al doctor Rafael M. Carrasquilla)

Pocas obras nos han hecho pensar tanto como un pequeño libro que lleva por título *De esclavo a catedrático*, de pocas páginas pero de mucha miga, en que el autor narra con sencillez elocuente y encantadora las múltiples dificultades con que luchó, día tras día y hora tras hora, silenciosa y tenazmente, para subir desde el bajo fondo de la esclavitud, hasta la cumbre altísima en que hoy se le honra como segundo ciudadano de los Estados Unidos. Los que gusten de ponerse en contacto con hombres superiores, de admirar esas voluntades formidables que hacen milagros de paciencia, sean servidos de pasar la vista por esas páginas en que palpita el alma blanca de Booker T. Washington, henchida de bondad, sedienta de acción, anhelosa de abrir a su raza los amplios caminos de la cultura.

Nacido en una finca del Concejo de Franklin, en Virginia, en 1858, sus primeros años hubo de pasarlos desempeñando los bajos oficios a que su estado social le condenaba. Terminada la gran campaña de Lincoln, que dio por resultado la abolición de la esclavitud, este niño negro que trabajaba en una mina, tuvo la intuición de su destino, la revelación de su fuerza, un deseo vehemente de cultura, acaso comprendiendo que el soplo de la energía enaltece al más grosero barro, y que del negro carbón puede salir también, como una gota de luz, un pulidísimo diamante. Provisto de apellido, ahincó a su madre para que le llevase a una escuela, para la gente de color fundada. ¡Qué cuidados y qué lucha! Faltábale sombrero, y no pudiendo comprárselo su madre, menester fue que la autora de sus

días se ingeniase para hacerle uno con dos retales de paño que juntó y arregló de ordinario modo. Con todo, su pobre indumentaria causaba la hilaridad de sus condiscípulos. Muy pronto, sin embargo, la fisga de sus compañeros hubo de trocarse en respetuosa admiración, ganados por el atractivo que siempre ejerce toda virtud simpática.

Parecióle un día que de más ancho horizonte necesitaba y tomó la atrevida resolución de irse a la acreditada escuela de Hampton, sin recursos, sin protección, a penas con los pocos reales que, al despedirse, dejaron caer en sus manos los negros que admiraban su arrojo, los cuales como que presentían que él habría de ser pronto el orgullo de su raza y el heraldo de una profunda transformación social. Hambreado, durmiendo a la intemperie, rechazado a cada instante por el color de su piel, ahora mozo de fonda, ahora en oficios de grumete, pero sin mendigar, siempre sufrido y siempre digno, luchaba sin desmayos, alentado con la esperanza que sólo él veía allá lejos surgir como una luz en medio de tanta sombra.

Turbado, temeroso de que se le tomase por un modrego, presentóse al Director del Colegio, quien tuvo la feliz idea de darle una escoba para que acreditara su destreza. Lucido salió de tal prueba, ya que harto conocía el oficio. Esta habilidad vino a decidir de su carrera, y por ello estuvo siempre reconocido del primer maestro que le hizo práctico en estos menesteres. Tan sencilla lección le enseñó que todos los oficios son honrosos y dignos de recomendarse a los jóvenes, ya que en el caprichoso giro de la vida, en cuyo campo las pequeñas causas engendran los grandes resultados, nadie sabe dónde la semilla del éxito se guarda.

Pasado algún tiempo en Hampton, pronto llegó a ser catedrático. Fuese en seguida a la ciudad de Was-

hington para perfeccionar sus estudios. Aquí ganó como orador sus primeras palmas. La fama de sus méritos iba abriéndose camino rápidamente, hasta que mereció el honor de ser llamado a dirigir la naciente escuela de Tuskegee. Este nombre, ligado gloriosamente al de Booker T. Washington, recordará siempre al mundo una de las obras más intensas y fecundas que puede realizar el solo esfuerzo de un hombre. Quien siga paso a paso el progreso de esta escuela comenzada sin recursos, en un gallinero, hasta ver convertida esa cabaña miserable en cuarenta hermosos edificios y 92,000 áreas de terreno, construídos aquéllos y cultivados éstos por los mismos estudiantes, se sentirá humillado ante aquella energía dominadora, ante aquel hombre en quien se abrazaron dos razas irreconciliables, ante el negro sublime que tras de una corteza ruda escondía la savia de que se hacen los mártires y los santos.

Quería él formar verdaderos hombres, y con tal fin les adiestraba en toda clase de labores, les ejercitaba en diversas industrias, les enseñaba la energía práctica, sin atender a las censuras de los que no querían ver a los alumnos sacando barro, cociendo ladrillo y levantando los muros de la escuela. Quería que se ilustrasen los jóvenes, pero ante todo les inducía a que aprendiesen una industria y adquiriesen el hábito del trabajo, el sentimiento de la responsabilidad, y aquello que da valor a los hombres lo mismo que a los pueblos: el carácter. Quien hubiese frecuentado aquella escuela, bien podía salir a la palestra del mundo, seguro de su triunfo.

Todo dulzura, todo amor, todo caridad, a penas puede creerse que este hombre haya podido conservar tan hermosas virtudes, después de una lucha incesante con los hombres y con las cosas, después de haber cardado su alma en las púas del dolor, después de

haber tropezado en su carrera con el egoísmo de unos, con la indiferencia de otros y con las preocupaciones de todos. Nada, empero, pudo apagar la lumbre de su bondad nativa. Un optimismo sonriente penetra todas sus palabras, y cuando, para decirnos que son buenos los hombres, que el odio nada funda, que los ricos dignos son de aprecio, pues que dan los recursos, si discretamente se solicitan, para las obras grandes y durables.

Booker T. Washington no conoció el descanso sino cuando fue de paseo a Europa, en compañía de su esposa, más que todo por acceder a los deseos de sus amigos, anhelosos de que en el viejo mundo conociesen a este admirable maestro de la fortaleza. Cuéntanos ingenuamente la sorpresa que le causó verse ocioso en el buque, sosegado e inmóvil, él, que no conocía sino la vida inquieta, el tráfigo fecundo, el ir y venir en busca de recursos para su escuela, venciendo un obstáculo, resolviendo un problema, pronunciando un discurso, o moldeando alegremente el ladrillo que en sus manos dejaba un polvo parecido al oro, y que como polvo de oro él apreciaba.

Este hombre que dedicó su vida al servicio de la juventud, que nada buscaba para sí mismo, que hallaba el premio de sus acciones en haberlas hecho, como lo quiere Séneca, se consideró suficientemente recompensado con dos sentidos homenajes en su honor recibidos: uno, el haber obtenido que el Presidente Mc. Kinley visitase su escuela de Tuskegee y que tan alto Magistrado estrechase con efusión la mano del Maestro; otro, el haberlo honrado la Universidad de Harvard, venerable Institución de su patria, con un título honorífico que sólo concedía a personas eminentísimas. Sin él quererla, sin él buscarla, la gloria le seguía, porque ella es obligada compañera de toda noble acción, recompensa de toda vida, por la virtud, antes que por el saber, edificante y gloriosa.

A grandes rasgos hemos descrito la obra admirable que llevó a cabo en el transcurso de pocos años este hombre de indomables energías. Para que mejor se le conozca, parece oportuno copiar algunas de las máximas que inspiraban su conducta, hermosos pensamientos que deben meditar todas las personas que gusten conocer el pasto de los grandes espíritus, sobre todo los maestros, esos abnegados servidores de la Patria en quienes hemos pensado al escribir estas líneas, anhelosos de que ellos hallen mucho que aprender en la vida de tan gran maestro, y de que nuestro país, si es que quiere trillar los caminos de la cultura, levante y estimule la hermosa carrera del magisterio.

«Nunca desmayé en mis empresas, y no puedo concebir cómo haya quien encuentre obstáculos para la realización de sus fines.»

«El hombre se eleva tanto más cuanto más útil es a sus semejantes, y la raza más infortunada y abyecta se dignifica practicando el bien en beneficio de los demás.»

ALFONSO ROBLEDO

DE LA EXTRADICION EN COLOMBIA

(Continuación)

SISTEMA DE NUESTRO CÓDIGO PENAL (LEY 19 DE 1890)

El rubro del Capítulo III, Título I, Libro II, es tan expresivo que podemos decir enumera el origen principal de esta clase de hechos criminosos: «el gobierno existente, la paz interior y la constitución.»

Allí están con todos los caracteres de los políticos los siguientes:

Artículo 169. La rebelión, que comprende: el levantarse en armas para derrocar el gobierno o cambiar su